

pósito para este objeto, que pudiera ser el que actualmente ocupa el estanque del paseo del Arenal, ú otro que considere más conveniente.

V. E., con su superior ilustración, acordará lo que estime más conveniente.

Casas Consistoriales á 8 de Octubre de 1896. —GASPAR LEGUINA.

Poco hemos de añadir nosotros á la precedente moción.

El señor Leguina, al presentarla, y el Ayuntamiento al aprobarla por aclamación, han sabido interpretar fielmente los deseos y las aspiraciones del pueblo de Bilbao.

Este nobilísimo pueblo quiere ofrecer brillante muestra del alto aprecio en que tenía los merecimientos y las relevantes virtudes del benemérito patricio D. Agustín María de Obieta, y le levantará una estatua para ejemplo de las generaciones venideras y en testimonio de reconocimiento y gratitud al bienhechor de la humanidad, á la eminencia científica, al bilbaino ilustre.

---

## EL AIDA DEL CASERO



Era una tarde hermosa de verano. El sol iluminaba el paisaje de montañas de un verde lustroso por el agua que había caído toda la noche antes.

Purificada la atmósfera y aquietado el viento, veíanse los montes que semejando montones de revueltos terciopelos, forman la gradería inmensa de un trono cuyo asiento es Aitzgorri.

A un lado y sobre la recortada silueta asomaba la torre de la iglesia del vecino pueblo; torre negruzca de dos huecos sin campanas, que más bien parecían los ojos de un gigante oculto tras de un cerro y contemplando con la cabeza fuera el hermoso cuadro de las montañas.

Por otro lado deslizábase formando una curva que terminaba en la boca de un tunel, la vía férrea cuyos rails parecían dos hilos de acero, como cinturón ceñido á una montaña.

Más arriba, en un cuadrado de tierra color rojizo cuatro hombres hundían á compás los dobles garfios de hierro, ponían un pie encima

del aparato, removían la tierra, alzaban á un tiempo los brazos, y vuelta á empezar, como obedeciendo al ritmo de un metrónomo.

Más abajo otro cuadrado de tierra también rojiza y un hombre en mangas de camisa, guiando el arado que arrastraban con trabajo dos bueyes, cantando algo muy monótono y de vez en cuando interrumpiendo su canto para lanzar con estentórea voz un *¡aida!* que resonaba en todos los montes.

Dormía la naturaleza y aquella calma que el calor con su pesadez parecía aumentar tenía como único ruido el canturreo del casero, y el apagado golpe de los garfios que clavaban en la tierra los labradores de allá arriba.

De vez en cuando llegaba desde las lejanías el balido de un cordero semejando un lamento humano, ó el rasgado piar de un pájaro que pasaba volando á todo volar de un manzano á otro.

Seguía el labrador cantando y gritando *¡aida!* cada vez que los torpes bueyes retrasaban su carrera.

De pronto se oyó un estruendo subterráneo que fué en aumento, hasta que por la boca del tunel apareció la locomotora como caballo jadeante agitando sus enormes crines azuladas y arrastrando á toda velocidad un tren cuyo estrépito de demonios encadenados retumbó con sonido de trueno por las montañas.

Era un tren militar. Mil hombres jóvenes iban en él á la guerra cantando y bebiendo.

Los labradores del alto miraron con indiferencia el veloz paso del convoy.

En la labranza de abajo los bueyes se asustaron é hicieron alto, y el casero, con el *makilla* en la mano derecha y con la izquierda sobre la ceja á modo de visera 'para quitarse el sol, contempló un momento el paso del tren y antes que éste se escondiese tras de una montaña y sin apartar la mirada de el, gritó instintivamente y con voz más fuerte que antes *¡aida!*

ANGEL M.<sup>a</sup> CASTELL.

